

La creatividad de un didacta o cómo dejar huella en la enseñanza

Saturnino de la Torre
Universitat de Barcelona

La mejor demostración de que la persona es o ha sido creativa, es que dejó huellas constructivas.

Este artículo puede parecer a alguno un texto heterodoxo, atípico, poco riguroso por alejarse de los parámetros y cánones científicos y académicos al uso. Por lo menos sobre la creatividad tal como ha venido entendiéndose por psicólogos y pedagogos. Y es posible que tengan razón, pero si algo caracteriza a la creatividad es que no es un concepto estático, sino adaptable y abierto al cambio. Por otra parte, referir la creatividad a una persona tan polifacética y productiva como Adalberto, significa romper con preconcepciones y convencionalismos. ¿Acaso no es ese un modo de acercarnos a lo creativo? ¿Acaso la creatividad puede encajonarse en moldes estandarizados?

La creatividad se desarrolla de forma espiral en torno a cuatro ejes: persona, proceso, ambientes, productos. Eso significa que puede ponerse de manifiesto en cualquiera de estas orientaciones o en conjunto de todas ellas. La tentación primera es examinar la obra del autor porque es a través del producto donde resulta más fácil objetivar las aportaciones originales e innovadoras, sus realizaciones sobre las que se puede volver en cualquier momento. Sí, esa sería la forma menos comprometida de estudiar la creatividad de una persona, institución o sociedad y por otra parte más en consonancia con los estudios clásicos.

Dejo en segundo plano el producto, el proceso y el medio para adentrarme en la persona como ser capaz de ir más allá de los aprendizajes adquiridos, la *creatividad como potencial humano que deja huellas. La creatividad más profunda radica en la decisión de dejar huellas en los demás: personas, grupos, instituciones, sociedad*. Ese es el concepto clave que utilizaré para poner de manifiesto el potencial creativo, el espíritu creativo de Adalberto Ferrández. La creatividad como desarrollo personológico en clave de la teoría de A. Mitjans (1995), en la que se funden lo cognitivo y lo afectivo.

Suelo comentar a menudo que la creatividad es un modo de *vivir, convivir y sobrevivir*. Como un modo de realizarse a sí mismo, de acrecentar las potencialidades, de pensar, sentir y actuar en una dirección, de ir al encuentro de la felicidad (vivir); pero también de compartir con los que le rodean esas poten-

cialidades (convivir) y por fin dejar a los demás algo del propio espíritu, del propio ser, de dejar algo que tenga valor en vida o después de morir (sobrevivir). Vivir, convivir y sobrevivir son la expresión más contundente de la persona creativa. De eso me ocuparé a continuación.

Impacto para *sentipensar*. Antes de explorar el potencial creativo de Adalberto partiré de una situación anecdótica que pone de manifiesto el espíritu creativo.

El bar, si bien digo, el bar era uno de los lugares preferidos para inspirarse y plasmar en una servilleta o papel los esquemas más lúcidos. Cada persona tiene su lugar y momento de mayor inspiración. Lo que en creatividad llamamos «momento blanco». En el bar, con el agradable estímulo de la cerveza, fluían ideas que plasmaba gráficamente y de forma coherente. Los bares son testigos de muchas asesorías de tesis doctorales o preparación de artículos compartidos con Ángel, Pepe, y otros. El bar era el lugar de encuentro de personas, ideas, intercambios, discusiones académicas, esquemas, al igual que el kiosco lo es de noticias. Bares y aeropuertos son dos lugares en los que se gestaron muchas de sus ideas.

Habíamos terminado una tesis en la UAB. Tras la comida y la sobremesa en un restaurante de Sant Cugat quedamos preparando el esquema de una publicación. El alcohol eleva el pensamiento hacia la epistemología didáctica. El debate sobre el conocimiento didáctico y sus componentes no tarda en acalorar a los asistentes. Adalberto oye, observa e interviene ofreciendo su visión. El modelo tetraédrico adquiere consistencia y flexibilidad. Se matizan elementos pero al final, su propuesta es asumida por unanimidad. Ha dado una lección magistral fuera del aula, como era habitual en él.

Vemos en otra situación bien distinta un claro ejemplo de lo que vengo llamando «sentipensar». Otro extraño momento de inspiración poética era en los actos académicos. De no tener pruebas se diría que era una ficción. Pero no. Algo mágico había en su mente para conectar de una forma tan fácil el denso contenido de la exposición de tesis doctorales o defensa de un proyecto docente en oposiciones con el fluir del lenguaje poético. No era premeditado, ni planificado, ni previsto. Tan sólo era una forma de expresar su cortesía conmigo por cuanto sabía mi debilidad por la creatividad, por la palabra creativa. Era como poner a prueba esa capacidad creativa de *sentipensar* pasando del pensamiento lógico al estético, del lenguaje académico al poético, del reto a la acción.

31 de marzo de 2000. Estamos en la oposición de Virginia Pérez. Le hablo de un encuentro anterior en ese mismo lugar. Le recordé cómo en aquella ocasión me sorprendió con un poema sobre el gélido día de un 5 de diciembre. Las palabras le fluían solas. Como si se tratara de una fuente que mana ríos de palabras, sin apenas correcciones. Me dejaba admirado. Antes de acabar el acto me hace llegar un inspirado poema que da cuenta de uno de esos días nublados, tan frecuentes en San Sebastián. Un poema lleno de imágenes plásticas, de vivencias cálidas, de sensaciones sonoras. Un poema que de no saber su autor y origen bien podría atribuirse a un consagrado poeta.

La nube desplaza lenta
la proa gorda y blanda
en el espacio de siempre
que nunca será suyo.
De golpe, sin sentido,
choca contra el frío solapado
en los pliegues azules de los vientos.
Allí, sola, llora sin dolor ni rabia
y las gotas bajan gélidas
rompiendo la suave piel del aire
traspasando con sonidos salpicados
los cristales de transparencia cálida.

Los numerosos recursos literarios dan cuenta, no sólo de su dominio del lenguaje poético, sino de su alma romántica. Vida interior, hondo pensar, magia de palabras.

1. La huella del conocimiento

Es sin duda su aportación al conocimiento de la Didáctica y la Organización Escolar una huella altamente significativa para quienes venimos trabajando en esta área de conocimiento. Su modelo tetraédrico de la enseñanza (docente, discente, contenido y estrategia metódica) trasciende el modelo clásico de tres dimensiones convirtiéndose en una alternativa hoy ampliamente asumida. La estrategia metódica toma en cuenta elementos contextuales y adaptativos convirtiéndose en vehículo de la calidad docente. Su visión dinámica de la Didáctica representa un paso epistemológico en su estudio. Los trabajos sobre enseñanza individualizada y estructuración de recursos son de todos conocidos, siempre integrados en una visión social mucho más amplia.

Adalberto sistematizó buena parte del conocimiento didáctico, desde un modelo disciplinar hasta los modelos curriculares, las modalidades de estrategias didácticas, las actividades de aprendizaje, los recursos, etc. Pero ha sido sobre todo que perfiló el objeto de la Didáctica, llevándola más allá del entorno escolar. *La formación* es el concepto que mejor describe el quehacer de la Didáctica.

El ámbito que más centró su atención en los últimos años fue en la formación de formadores, formación permanente, formación para el trabajo... De modo que la Formación se convierte en un concepto hegemónico de la Didáctica. Sus modelos de formación, siempre en constante revisión, han clarificado este campo, abriendo la Didáctica escolar al mundo de la empresa. Esta ha sido sin duda su gran aportación, en colaboración con otros profesores como A. Pío González y J. Tejada. Persona, cultura, acción formadora, adaptación social, proyección personal y socio-laboral, son componentes clave de su modelo de acción formadora. La formación la entiende como un proceso dinámico entre el ser humano, la sociedad y la cultura. Su pensamiento

siempre estuvo por encima de consideraciones meramente técnicas. Su modelo contextual crítico de formación de formadores (1996) integra formación inicial y permanente en el que parte del contexto sociolaboral y sus necesidades antes de iniciar el diseño de intervención. En dicho modelo la innovación es un concepto nuclear. Como afirma J. Tejada (2000, 42), se trata de un proceso permanente de innovación de estrategias de acción que requiere la movilidad laboral como base adaptativa y renovadora. Sus conocimientos quedan plasmados en modelos que son fruto de la reflexión, la intuición y la investigación. Esa es la novedad creadora de Adalberto.

La Didáctica la entendía como «interacción del discente con el docente gracias a la puesta en marcha de las estrategias metodológicas más adecuadas con el fin de que el discente integre los valores culturales, logro que le permitirá ser agente activo en la transformación social en todas y cada una de las manifestaciones de la cotidianidad» (2000).

Pero si importantes han sido sus contribuciones a la clarificación didáctica a través de múltiples modelos, no ha sido menos importante la huella de su docencia. Bien merece esta dimensión una consideración especial.

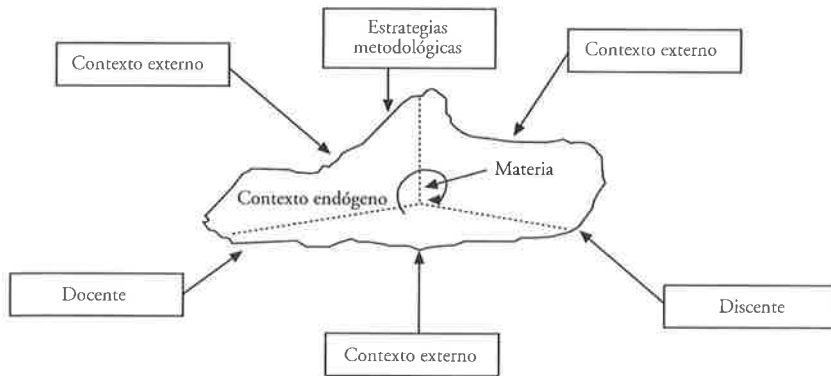
2. La huella de su docencia

El conocimiento es vacío si no va acompañado del ejemplo. Por eso, creo que si importante es el conocimiento, lo es más cuando este va acompañado de valor ético, de compromiso, de coherencia entre lo que se dice y lo que se hace. Quienes han convivido con él saben muy bien de esta faceta.

Fue ejemplo y espejo de actuación didáctica. La Didáctica puede ser un mero contenido de enseñanza y aprendizaje como cualquier otro. De hecho no son pocos los didactas que actúan como meros informadores, como canales de transmisión en lugar de conchas que revierten cuando están llenas. Él fue didacta creativo por cuanto daba a los demás lo que rebosaba de él. Llevar el conocimiento didáctico a la práctica significa ser maestro creativo, dominar situación y contexto, manejar el recurso de la palabra, utilizar las estrategias pertinentes con los objetivos y destinatarios. En suma, ser didacta creativo que convierte en contenido de aprendizaje cualquier circunstancia o acontecimiento. Él era más que profesor de Didáctica. Era *Maestro* y así lo reconocen gran parte de sus alumnos.

La mejor demostración de cuanto digo es que en sus clases había un clima distendido, dialogante, interactivo, en el que no faltaba el humor. Los apuntes están llenos de situaciones, anécdotas, hechos ocurridos recientemente que servían para ilustrar un concepto o teoría. Poseía una extraordinaria capacidad para transformar lo anecdótico y ocasional en recurso o ilustración de lo que tocaba explicar.

Recurría siempre que podía a la ilustración visual. Los gráficos son un recurso frecuente, consciente de que a través de ellos se clarifican los conceptos y sus relaciones. Sirva de muestra el siguiente ideograma del objeto formal de la Didáctica (1997, 2000).



Era maestro de la palabra. Sabía comunicar. Sabía conectar de forma inteligente y atractiva el contexto, el destinatario y el mensaje formativo a través de la estrategia.

3. La huella del humor

El cielo debió sentirte reír. Bien podría aplicársele el dicho «el día que no has reído ha sido un día perdido». Esa es la imagen que aún conservan quienes le escucharon en clases, debates, conferencias. Es el humor la cualidad más preciada del estudiante, pues a través de ella el tiempo de aprendizaje se hace más corto, más intenso, más vivenciado; en suma, más efectivo. Y es que el humor tiene que ver con la percepción del tiempo y este con el impacto y solidez del aprendizaje.

El tiempo es un concepto que no reflejamos en nuestro modelo de enseñanza con la importancia que merece. Al fin y al cabo, los aprendizajes, la innovación y el trabajo vienen determinados por los cambios que se operan en nosotros o nuestro entorno a través del tiempo. ¿Qué es la experiencia sino la huella que deja en nosotros los sucesos en el tiempo? ¿Qué son los aprendizajes sino cambios en el tiempo? Quien no tiene conciencia no se puede considerar sino viva. Quien no cambia, no podemos decir que aprende. Conciencia y tiempo son las coordenadas sobre las que cobra sentido cuanto nos sucede.

El tiempo sólo es objetivo y uniforme en los relojes. Pero el tiempo del reloj nos dice muy poco del mundo interior de las personas. Nos vale, eso sí, como referencia de cuanto sucede a nuestro alrededor. ¿De qué modo se percibe el tiempo en el aula?

Por lo general, el que escucha percibe el tiempo de forma distinta del que habla. Para el que habla el tiempo se acorta; para el que escucha, el tiempo se alarga debido al cansancio en el procesamiento de la información. He realizado varias veces la siguiente prueba. Después de un intervalo medio de haber iniciado la clase, pregunto a los alumnos que, sin mirar el reloj, escriban en una hoja el tiempo que sienten ha transcurrido desde el inicio. Yo también lo escri-

bo. En situaciones normales, mi percepción suele ser de un tiempo más corto que el de los alumnos, excepto cuando la clase resulta más amena o interesante. La diferencia entre ambas percepciones nos da idea de lo que pasa en clase.

La forma como percibe el paso del tiempo el alumno es como un espejo. En él se invierte la realidad. Cuanto más largo se hace el tiempo, más escasean los aprendizajes y menor su solidez. Cuando el tiempo se le pasa volando, pasa sin tomar conciencia de ello, disfruta en lo que hace y los aprendizajes aumentan. Dicho con otras palabras, a más tiempo percibido, menor solidez en los aprendizajes; a menor tiempo percibido, mayor implicación y motivación para el aprendizaje. De ahí la ley: «el tiempo percibido es inversamente proporcional al aprendizaje logrado».

Pero el sentido del humor no es algo que se improvise. Forma parte de la persona. Por eso fluía en cualquier ocasión, en conversaciones, reuniones de amigos, charlas, clases. Sabía condimentar la conversación y las explicaciones de clase con esa salsa aragonesa que le era propia.

Su sentido del humor era en él tan connatural al acto didáctico, diría que proverbial, que en un acto tan formal, académico y comprometido como es el de su acceso a cátedra (la primera en España con el sistema nuevo), no dudó en ilustrar el *efecto de indeterminación didáctica* con un chiste. ¿De qué modo ilustrar que cualquier previsión, por excelente que sea, puede ir al traste por la aparición de algún elemento no previsto? ¿Cómo mostrar que en educación no hay leyes que permitan predecir resultados estables, al modo de las ciencias naturales, debido a la indeterminación de variables incontroladas?

En una ciudad de El Cabo, narró, en la que la lucha racial era motivo permanente de discordias y conflictos, la hada madrina se apareció a una comunidad de negros para tratar de aliviar su sufrimiento y maltrato. De este modo les puso en fila y les anunció que les concedería un deseo, un solo deseo, y pidió al primero que expresara el suyo, lo que más deseara, pues se lo concedería. La población no salía de su asombro por cuanto nunca habían vivido una situación así. De ese modo el primer negrito pidió convertirse en blanco. La hada madrina le tocó con la varita e inmediatamente se transformó su piel en blanca, ante el asombro de todos. El segundo de la fila expresó igual deseo de convertirse en blanco, pensando que de ese modo desaparecerían todos los problemas que el diferente color de la piel generaba. La varita mágica consiguió igual efecto. La fila era larga, muy larga, y al final del todo había un joven travieso que sonreía con picardía. Pero conforme la fila avanzaba cambiándose la piel oscura en clara, él reía más y más sin poder contenerse. Los demás le miraban y se preguntaban por qué se reía de ese modo, pero no tenían respuesta. Ya habían alcanzado su deseo más de un centenar. Conforme el hada iba acercándose a los últimos puestos, con igual demanda de quienes le precedían, nuestro amigo estallaba en risa incontenible. ¡Qué extraño comportamiento! Pero no importa, porque todos ellos iban consiguiendo el sueño de ser blancos y evitar así la discriminación. Cuando por fin le llegó el turno a nuestro sonriente azabache, dice al hada madrina:

— Te toca la vez. A ver tú, a ver cual es tu deseo.

Que todos los que me habían precedido se vuelvan negros.

La explosión de risas llenó el aula, esta vez proveniente de los asistentes al acto, incluidos los miembros del tribunal.

El tribunal, presidido por D. José F. Huerta (FH) no pudo por menos de reconocer la pertinencia del argumento. Este hecho insólito no fue obstáculo para que obtuviera la cátedra en la Universitat Autònoma de Barcelona. Ni en los peores momentos faltó humor en sus palabras.

Así lo recuerdo después de más de 20 años. Un ejemplo cuyo impacto perdura en el tiempo como una lección inolvidable.

4. La huella de valores humanos

Son estos valores culturales los que componen el elenco de los programas curriculares y, como tales, requieren una sensatez enraizada en la experiencia, en la práctica contextualizada y en la investigación para que cumplan esa finalidad de hacer de cada ciudadano un agente crítico y responsable de cambio social (2000).

Comienzo con una cita en la que resulta patente el papel de la Didáctica como disciplina vinculada a los valores sociales y culturales. Estos constituyen el núcleo central de sus reflexiones. Valores sociales y modelo humanista son los conceptos que marcan su visión de la enseñanza.

Y junto a los valores, los sentimientos como acompañantes permanentes de la actuación didáctica. Ya comenté anteriormente que era una persona profundamente humana. Humanista por formación y humana por convicción. Su huella está en la intersección del conocimiento académico con los valores y sentimientos que están presentes en su obra escrita y en su práctica docente.

Su actitud ante la vida y la educación era de respeto al pensamiento de los otros y en caso de conflicto anteponía los valores y sentimientos a las creencias. Los valores sociales ocupaban un lugar destacado, tanto que en ocasiones competían con los familiares y afectivos. Muchas de sus actuaciones y compromisos profesionales eran de tipo social. Un ejemplo de ello es la creación de la universidad popular.

Y junto a los valores de solidaridad, de interculturalidad, de respeto a los otros y compromiso con los menos favorecidos, el valor afectivo que le llevaba a entregar su tiempo a los demás. Como no le era suficiente el tiempo que dedicaba en la universidad citaba a los doctorandos en lugares estratégicos, en aeropuertos o en su casa. Lo saben muy bien algunos alumnos de Venezuela y México.

5. La huella poética

Para no extenderme en esta semblanza de la creatividad espontánea y personal, me referiré a su faceta poética. No es frecuente combinar el rígido código académico con el lenguaje literario. Incluso podrían parecer antagónicos si no existiera el sentido de la pertinencia. Es esta capacidad la que permite dife-

reñiar momentos de rigor y momentos en los que la palabra creativa se adueña de los sentimientos. Su profundo conocimiento de las lenguas clásicas, a las que recurría con frecuencia, el dominio de un amplio léxico, su humanismo y sobre todo su sensibilidad y oculto romanticismo (que sólo algunas personas muy allegadas percibieron) desembocaron en una expresión poética desconocida para muchos. Son sus obras inéditas de las que espero un día podamos conocer, y a través de ellas su sensibilidad estética. Esta es, a mi juicio, la huella más sólida y profunda que nos ha legado, aunque a decir verdad, la menos conocida.

La diferencia entre el poeta y el que escribe versos es que el primero conoce el lenguaje, vive, siente y expresa de forma natural y espontánea ideas y sentimientos. Lo hace sin apenas esfuerzo, porque este lo realizó de forma inconsciente, días, meses o años antes. El segundo elabora conceptualmente el mensaje, lo cultiva en su forma y lo comunica, en el mejor de los casos. En el peor, simplemente rima pensamientos. Adalberto sabía aprovechar la inspiración, el momento blanco para dejar fluir a borbotones ese potencial literario que le desbordaba. Una sugerencia, un paisaje, una espera, un momento de concentración o de escucha académica, eran suficientes para poner en marcha su proceso creativo. No era exigente. Le bastaba un lápiz y un papel cualquiera. El mismo en el que anotaba sus comentarios.

Veamos un ejemplo de su fácil fluir literario. Lo titula:

Diciembre en San Sebastián

Suena la cadencia de la gota fría
 en la acera gris,
 llueve sobre mojado, como cada diciembre,
 cuando se va el día.

La tarde, más adusta, con brisa al fondo,
 trae la noche oscura
 que penetra sin permiso en cada recodo
 llevando la melancolía
 anidada en la rama aún verde.

El frío ulula lento,
 que sin saber por qué viene sólo en la noche
 y no en el mediodía.

Es la contradicción inacabada de cada diciembre
 con sus tonos ocres
 y el ruido repetido entre las nubes grises.

Se reitera el mensaje
 y el hombre pasa por los mismos sitios
 sin ver el horizonte.

Como sabía de mi entusiasmo creativo, en cada oposición en la que coincidíamos me regalaba su pensamiento poético. Así surgió este nuevo poema, realizado durante la oposición de Pejo en San Sebastián, un 5 de diciembre de 1995. Refleja la sensación del frío invierno que conocía muy bien de otras ocasiones. Era la persona de confianza del Departamento de Didáctica. Verso libre, pié quebrado, ritmo cadencioso, imágenes poéticas que penetran en el alma como el frío en aquella sala aún por acondicionar. El mundo exterior se funde con el interior. El hombre se adapta y acostumbra al lugar.

Cinco años después, en ese mismo lugar, la inspiración de la naturaleza vuelve de nuevo esta vez vestida de duda entre montaña y playa, entre invierno y primavera o ¿tal vez entre utopía y realidad? (era un 31 de abril). Su don poético lo transforma en regalo allá donde se lo piden. La naturaleza, la observación del medio, eran temas de frecuente inspiración. Esta vez cuelga la duda como una balanza fiel, como interrogantes que ponen a prueba la indeterminación. Tal vez era la duda sobre los conceptos vertidos en el acto lo que estaba ocultando el poema. Porque su pensamiento siempre sobrevolaba más allá del instante, del concepto, de la imagen visual, en forma de alegoría. Utopía y realidad, nieve y mar.

¿Primavera?

Arriba, donde el buitre vive,
todo es frío blanco
acunado por el viento blando.
Allí se pierde la mirada
dudando en la nieve queda.

Abajo el mar, donde el barco juega,
todo dulzura azul,
con ondas de equilibrio tenue.
Allí queda el espíritu,
en el sueño de las olas suaves.

Yo, en medio, absorto, en duda.
No sé con quién quedarme,
con la nieve o el mar.
No me dejan, libertad muerta,
elección quejumbrosa,
preludio esquizofrénico de nada.
Es el contexto: nada.
Allí me quedo en la duda oscura,
tranquilo en el nirvana.

A la memoria de Adalberto, quien me hace pensar que lo que realmente nos queda al final no es lo que hemos recibido, sino lo que hemos dado, las huellas positivas que hemos dejado. Eso es lo que importa porque es lo que hace que siga viviendo.

Sólo me queda revivir aquella estrofa que un día nació del alma de las palabras, al soñar con Neruda.

Pon a pensar a tu mente
pon a sentir a tu alma,
deja que hable el silencio,
pon a vivir las palabras.